

y *Recuerdos de Puerto Real*, óleos. Casi todas estas obras fueron adquiridas en Madrid.

Hoy, después de demostrar privilegiado genio tratando toda clase de asuntos, incluso los históricos, es un convencido cultivador del naturalismo. Persuadido de que la realidad que nos rodea es lo único que el artista puede conocer á fondo y en cuyo estudio le es dado prestar verdaderos servicios á la Historia, sigue las huellas de nuestros grandes maestros, consignando el presente en sus tipos y escenas características.



En el Mediodía, la vida es una perpetua y alegre expansión, comunicación constante,

completa y casi instantánea de cuanto constituye el carácter, diáfano como un cristal; y cuando á espíritus tan andaluces como el de Villegas se une bondad tan sencilla é infantil como la suya, todas las cualidades se subliman. Una cualidad eminentemente andaluza que brilla con frecuencia hasta en el más humilde jornalero, mediante la cual el más puro de los goces del alma consiste en hacer partícipes á los demás en el bien propio, la generosidad, con un tanto de señoril alarde que suele acompañarla, causa en Andalucía de sensibles accidentes en toda clase de fortunas, calamidad social considerada en conjunto, pero causa de acciones bellísimas que siempre serán admiradas por los mismos que de ellas se consideran incapaces, hizo de Villegas, desde el principio de su estancia en Roma, el natural amigo y protector de cuantos compatriotas lo necesitaron. La gloria y la

fortuna que debe no sólo á su extraordinario talento, sino también al trabajo, en el que se mostró siempre incansable, hasta el punto de no contentarse con el del día y dedicar á él parte de la noche, no han podido hacerle abandonar sus costumbres sencillas ni el trato de sus amigos más humildes. Ni usa más traje que el que podría llevar el más modesto artista, ni frecuenta otro trato que el de su familia y compañeros de arte, sobre todo si son españoles, de los que nunca se ha extrañado, conservando para todos, aun á prueba de muchos desengaños, íntegro el tesoro de su generosidad andaluza. Talento, bondad y esplendor son los caracteres de su alma, reflejo de la ciudad incomparable donde nació.

¡Cuántos pintores españoles de los muchos que van á Roma ricos de esperanzas, pero atenidos á una ruin pensión, encontraron en su familia y en su casa una como la dilata-

ción de la patria querida y del hogar donde se les asista en sus enfermedades con la cariñosa efusión que en los hogares andaluces suele acogerse á la desgracia!

Casi todos los pintores que esto lean podrán citar nombres de compañeros enfermos y desvalidos, que hubieran muerto en tierra extranjera sin la asistencia suya y de su familia y sin los recursos por él aprontados para la vuelta.

El riquísimo guardarropa que por todo el mundo ostentan las figuras de sus cuadros numerosos y esplendidos está siempre á disposición de los españoles, y para ellos su casa y su alma, sus consejos y estímulos paternales.

Después de haber reseñado la vida de trabajo y repetidos triunfos del artista, no hemos podido caliar las virtudes del hombre, aun á trueque de ofender modestia tan de buena ley

como la suya, porque constituyen el más bello ejemplo de sencillez española, honra y orgullo de la patria, y porque es tiempo de que el relativo olvido en que le hemos tenido se remedie proclamando desde la alta tribuna de la prensa el hermoso conjunto de méritos contraídos ante la humanidad y ante la patria por el insigne Villegas.

El último de los grandes escultores sevillanos del siglo XVII, Pedro Roldán, vivía en una casa de campo distante de Sevilla para que nadie le interrumpiera en sus estudios, y cuando iba á la ciudad era caballero en un borriquillo y modelando con barro que siempre llevaba consigo.

También Villegas vive alejado del bullicio de Roma, en magnífica residencia, donde ha reproducido las bellezas arquitectónicas del alcázar de Sevilla; y así como Roldán se trasladaba á la ciudad en un borriquillo, Villegas,

que goza entre los artistas, entre los más encumbrados y aristocráticos amantes del arte, las preeminencias debidas á su genio, se trasladada á Roma en desvencijado carricoche, tirado por un caballo, casi siempre para visitar los estudios de españoles, sobre todo de los principiantes.

Aunque alejado por tantos años de la patria, Villegas es nuestro, tanto por la calidad de su genio como por los rasgos de su caracter. Dios quiera que los lazos que le unen á la patria sean tan fuertes que le obliguen á devolverle lo que es suyo: la vida y la gloria conquistada. Nunca habrá habido hijo tan parecido á su madre como lo es Villegas á Sevilla: hermosa, riante, inspiradora de grandes virtudes es hoy, como fué ayer, gran centro de cultura, que celebraría la vuelta del hijo ilustre con todo género de maternales efusiones.

Julio de 1896.

PALAFIX

—

PALAFOX

Palafox es símbolo de la inquebrantable tenacidad española, capaz de afirmar la existencia de la nación frente a todos los enemigos y calamidades imaginables.

Al sublime y terrible flagor de su nombre se iluminan en la imaginación las grandezas de Zaragoza, que indefensa y desamparada encuentra en el corazón de sus altivos hijos fuerzas para negar la ciega y fatal fortuna de incontrastable imperio.

Hijo de una de las familias aragonesas más ilustres, nació en Zaragoza en 1776 José de Palafox. Comenzó su carrera militar á los dieciséis años, y como sus hermanos, mereció honrosos cargos y distinciones de la corte antes de la invasión francesa.

Alejado de la corte cuando la invasión se consumó, presentóse en Zaragoza como un guerrillero, como uno de tantos poseídos por desinteresado amor á la patria, al frente de un pelotón de campesinos armados.

El pueblo zaragozano lo proclamó su capitán general en Mayo de 1808.

Aunque rechazó obstinadamente el cargo al

pronto, acabó por aceptarlo, poniendo mano en la obra de fortificar á Zaragoza; organizó batallones de estudiantes, reunió algunas tropas de los distritos inmediatos, armó á todos los hombres útiles, y poderosamente secundado por oficiales del ejército, por el pueblo y los frailes, se aprestó á la defensa de Zaragoza con el ardimiento de un aragonés y la pericia de un hombre práctico en las cosas militares.

Comenzó declarando la guerra á Napoleón, combatió á los franceses en Tudela, Mallen y Alagón, convocó las Cortes aragonesas, según antigua usanza, proclamando rey en ellas á Fernando VII, y decretó el armamento y una ilimitada resistencia al invasor.

Nunca se vió, como en Zaragoza, que los hombres fuesen la más firme muralla que defendiera de la artillería enemiga una ciudad.

Sin tropas ni murallas supieron los intrépidos zaragozanos resistir el primer sitio, escar-

mentando durísimamente á los sitiadores, que provistos de todos los medios de que la ciencia militar dotaba entonces á los ejércitos, se estrellaron ante el coraje aragonés, acrecentado por el solemne juramento que hizo el pueblo zaragozano de defender su ciudad hasta la muerte.

Levantado el primer sitio, ocupó Palafox con sus tropas la línea del Ebro, amenazó á Pamplona, peleó en Lumbier, Arbar y Caparroso, de donde desalojó á los franceses, obligándolos á retirarse.

Tuvo Palafox que ceder el mando de su ejército, que sufrió entonces la rota de Tudela, y vuelto á Zaragoza, trató de ponerla en defensa, reuniendo una parte del ejército, del que supo valerse en el segundo sitio, batiendo á Moncey y Gannes, á Mortier y Junot en cuatro reñidos ataques sostenidos en un mismo día.

Cuando una lluvia diaria de bombas sobre la ciudad, y las minas que volaron edificios in-

conquistables para toda la pericia y valor de los franceses, habían convertido á Zaragoza en un montón de ruinas; cuando la peste, más mortífera y cruel que las balas enemigas, dejó reducidos los defensores de Zaragoza á un pelotón de espectros, y el mismo Palafox, rendido por el trabajo, el insomnio y desvelos sin tregua cayó enfermo, contagiado de la epidemia, y expirante, desahuciado, su poderosa voluntad desamparó á los suyos, capitularon los fantasmas, más que hombres á sus órdenes, pero no el corazón del caudillo que ni en el triste estado de flaqueza, vecina á la muerte, á que le habían llevado sus gloriosos trabajos, en poder ya de los franceses, se prestó á sancionar nada que significara inteligencia con los enemigos de su patria.

Enfermo, pobre y miserable, sufrió cinco años de prisión en un calabozo en Vincennes, desde el 1809 al 1813.

Según un papel suyo, se le hacían siglos los momentos que tardaba en volver á su amada patria cuando se vió libre en París; que ni los indignos tratamientos ni la miseria y enfermedad padecidos en la rigurosa incomunicación del calabozo, pudieron amenguar el amor tremendo que tan sobrehumanas acciones le había inspirado.

Vuelto á España, fué de nuevo encargado de la capitania general de Aragón; tuvo el mando en jefe del ejército de operaciones del Centro durante la vuelta de Napoleón del destierro, sin que, como tantos otros varones insignes que por Fernando VII derramaron su sangre, se viese libre el primero entre todos, el glorioso Palafox, de sus odios y rencores, motivados por su inclinación hacia los liberales.

Fernando VII lo exoneró el año 23. El 35 se dirigió á los aragoneses para decirles en favor

de Isabel II. El 36 fué por última vez capitán general de Aragón.

Fué director general de Inválidos, institución que inauguró en Noviembre del 38, y varias veces senador por la provincia de Zaragoza.

Murió el 15 de Febrero de 1847, siendo sepultado en la basílica de Atocha.

FIN



ÍNDICE

	<u>Figs.</u>
Córdoba.....	9
La cordobesa.....	31
Los patios de Córdoba.....	43
Córdoba.—El patio de los Naranjos.....	61
Notas artísticas é históricas.....	73
Salamanca.....	75
Valladolid.....	85
Toledo.....	99
La escultura religiosa en España.....	113
José Villegas.....	129
Palafox.....	155

CATÁLAGO

DE ALGUNAS DE LAS OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA

LIBRERÍA ESPAÑOLA

DE

Antonio López, editor

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

BARCELONA